



Elena García Quevedo

# EL VIAJE DE LAS MUJERES

Voces ancestrales  
femeninas  
imprescindibles  
para la vida

Luciérnaga

Elena García Quevedo

# El viaje de las mujeres



Ediciones  
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Elena García Quevedo, 2018.

© de los gráficos: Elena García Quevedo

Diseño de los gráficos: Miguel Martínez

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: febrero de 2019

© Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-17371-59-3

Depósito legal: B. 27.524-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

# Índice

<i>Carta de la Abuela María Alice Campos Freire</i> .....	13
<i>Prólogo</i> , de Federico Mayor Zaragoza.....	17
<i>Introducción</i> .....	19

## PRIMERA PARTE El viaje de las mujeres

1. Egipto: el poder del corazón.....	29
2. Turquía: el poder de la libertad.....	79
3. Colombia: la fuerza de la Madre Tierra.....	125
4. La India y Nepal: los colores del Ganges. El rojo de las mujeres.....	165
5. Celtiberia: el don de nutrirse.....	215
6. El arte de reconstruirse.....	259

## SEGUNDA PARTE Herramientas para una vida plena

1. CUERPO: un círculo, una vida.....	275
2. MENTE: mitos femeninos, el viaje de la heroína.....	285
3. EMOCIONES: tecnología de felicidad, claves de homeostasis para las abuelas sabias.....	289

TERCERA PARTE  
El despertar femenino en el nuevo paradigma.  
Herramientas para hombres y mujeres

*Epílogo* ..... 327

## EGIPTO: EL PODER DEL CORAZÓN

Todos nos transformaríamos si nos atreviéramos a ser lo que somos.

MARGUERITE YOURCENAR

Al principio, Dios también era mujer y hoy el secreto de la larga vida es femenino. Mi madre, sin saberlo, me enseñó a guiarme en el mundo a través del olfato y de las cosas pequeñas. Ella siempre salía de casa con un pequeño frasco de colonia de violetas o de agua de rosas metido en el bolso, y lo sacaba en cualquier momento para limpiarme las manos, la cara, la nariz y dejarme resplandeciente. Cuando a los siete años desperté en un hospital con olor a anestesia, su frasquito de colonia estaba en la habitación y ese aroma permaneció en mi memoria como muestra del poder sanador del amor. Pero también como la Estrella del Norte que podría fijar mi dirección cuando me perdiera. Tras la operación comencé a distinguir los lápices de mis compañeras por su olor, que solía ser muy semejante cuando eran hermanas o vivían bajo el mismo techo. Laura y Tamar olían a pedo; Almu, a jabón; Chucho, a tierra; Celia, a agua fría; Pitillos, a hierro, y el niño gitano, que venía a la escuela cuando sus padres acampaban con la carreta entre los álamos, olía a humo.

Al crecer rechacé lo aprendido, me adapté a un mundo masculino, de conflicto, y en cierto modo morí devastada por

dentro. Y, aunque rota, asumí como auténtico todo lo que veía. Entonces perdí gran parte de mi privilegiado sentido del olfato, y esa capacidad para clasificar el mundo a través de mi nariz desapareció: de pronto y durante muchos años, todo era uniforme, semejante. Las ciudades tenían olores parejos, las gentes pasaban desapercibidas; nada destacaba sobre nada y mi cuerpo transitaba por una vida sin una dirección clara. La nariz, brújula heredada de mis antepasadas, tiene los mismos dones que hace miles de años, cuando permitió a la humanidad encontrar las manadas de animales, descubrir el agua o el fuego, reproducirse, protegerse del enemigo y sobrevivir. «El olfato actúa directo sobre el inconsciente, porque registra olores que el cerebro transforma en instinto», dice Diane Ackerman.<sup>1</sup>

Ahora me dispongo a aterrizar en El Cairo, tierra legendaria del ave fénix, meca de la ruta milenaria de perfumes, lugar donde se refugiaron y refugian las matriarcas de Nubia, tierra de mujeres con poder, legendaria por la longevidad de sus gentes. El Cairo es el centro de culto a Isis, símbolo de que cualquier mujer puede convertirse en todo lo que desee y también hábitat de la mítica ave fénix, caigo en la cuenta de que el olfato es mi sentido más animal, el más sutil pero el más refinado; la más femenina herramienta. Es curioso que en las paredes de algunos templos dedicados a Isis se escribieran las fórmulas de los perfumes hace unos cuatro mil años y se dibujaran aves fénix en un tiempo en el que las mujeres podían divorciarse, estudiar y ascender en la vida profesional; podían ser sacerdotisas o, por supuesto, incluso ser la cabeza del país y dirigirlo.

Hatshepsut, Nefertari, Nefertiti, la madre de Akenatón y Cleopatra, líderes egipcias, hicieron del aroma su obsesión y el olfato se convirtió en su arma secreta. En Nubia, antigua

1. Diane Ackerman, *Una historia natural de los sentidos*, Barcelona, Anagrama, 1992.

civilización de Meroe legendaria por su longevidad, las reinas negras gobernaron durante siete siglos. La reina Barbate (284-275 a. C.) ejerció el tercer gran reinado. Majaji fue la reina guerrera, Candace hizo frente a los ejércitos romanos de César Augusto; enfrentaron a Alejandro Magno. Las mujeres allí eran el centro de la familia, elegían su pareja como hacen hoy.

Han pasado miles de años desde entonces, pero el saber ancestral y el Nilo unen a las mujeres egipcias y nubias de ayer y hoy. También los perfumes cuyos poderes usan las mujeres en torno al gran río —lo sé— pueden cambiar la vida como me la han cambiado a mí. Hay personas como Gamal que son expertos en hacerlo.

### **Un secreto y cómo curar a base de perfumes**

Gamal viste chilaba marrón, zapatos negros, lleva el pelo entrecano cortado con patillas, un bigote arreglado, y tiene esa forma de estar de algunos árabes que lo han visto casi todo. Sus ojos negros, vivarachos y brillantes, se mueven de un lado a otro con la rapidez de un niño chico acostumbrado a fijarse en los detalles. Nada más verme se ha levantado, me ha saludado como si nos conociéramos de toda la vida y me ha invitado a pasar a su negocio, llamado Palacio del Perfume Sheik Abdul, una tienda como hay miles en El Cairo, en la que pequeños frascos de cristales de colores invaden las estanterías, y botellas de perfumes con nombres escritos en árabe se alzan aquí y allá con precios europeos. Gamal pertenece a una familia de perfumistas, aprendió la profesión entre aromas de rosas, almizcle y ámbar. Su familia cultivaba flores en la tierra fértil de Egipto y, según cuenta, aprendió el saber casi olvidado del arte del perfume de la vieja cultura egipcia: vivió en el desierto del Sinaí con los beduinos, estu-



dió sus recetas en los templos de Dendera y Saqqara, dirige una tienda con veintidós trabajadores. Tiene cuarenta y dos años, tres hijos, y un montón de amigos por todo el mundo. Sonríe con humildad en cuanto nos sentamos en un altillo de la tienda previo al inmenso almacén desde donde un vendedor viene a preguntar por el Chanel número 5. Entonces destapa el aceite de rosas, clava sus ojos en mí y empieza a hablar sobre por qué el olfato es tan importante en el vínculo invisible que me une a mi madre.

—El olfato abre las puertas de la memoria y del cerebro. El niño reconoce a su madre por el olor. Aunque no te des cuenta, tú también aceptas a las personas por su olor. Este es el motivo por el que el olor tiene el poder de curarnos y cambiarnos.

El aroma del aceite de rosas llega hasta mí y siento un peso en el centro del pecho mientras Gamal me habla de cómo hay olores que pueden curar el dolor de espalda, de estómago, de piernas.

—La gente tiene estrés emocional y hay aromas para devolver el equilibrio. La menta, por ejemplo, cura la sinusitis, el catarro, los ronquidos, las migrañas. Los antiguos egipcios eran muy buenos médicos y conocían el efecto del olor en cuerpo, emociones y mente; también las mujeres. En los templos antiguos de Edfu, Saqqara o Dendera dejaron talladas fórmulas que permanecen allí. Ellos conocían un gran secreto: el cuerpo es el templo de la persona y habla a través de las emociones. Los aromas tienen el poder de transformar las emociones y las memorias, de transformar el cuerpo. No eran los únicos. La mayor parte de los pueblos antiguos conocían el saber de las esencias. Por ejemplo, el judaísmo tiene sus esencias sagradas, el cristianismo siempre usó el incienso y la mirra. Todos sabían el poder del olfato para limpiar el pasado o producir nuevos recuerdos, para crear nuevos comienzos. Para los dolores de huesos uso aceite de sándalo caliente y lo froto donde duele. Para el insomnio, que viene del estrés,

doy aceite de lavanda. Pero lo más importante es lograr abrir la puerta al corazón —me dice mientras siento penetrar con más fuerza su mirada sobre mí—. Las emociones son la llave del cambio de las memorias en el cerebro.

—Y para curar la herida de todas las mujeres que yo también arrastro, ¿qué puedo hacer? —pregunto.

—Lo más importante es abrirse al amor. Tú tienes el deber de satisfacer tus necesidades físicas y emocionales, y el derecho de usar todo lo que es tuyo. Tu sabiduría es tuya, tu talento es tuyo, tu cuerpo es tuyo, tu dulzura es tuya, tu dinero es tuyo; tienes el derecho y el deber de usar lo que posees. Pero se te ha cerrado el corazón y ni tan siquiera te has dado cuenta. Cuando te abras a la mujer que eres podrás recuperar la alegría, las ganas de vivir y la dirección. Te has perdido por el camino por haberte cerrado. ¿Te gustan tu nariz, tus ojos, tu boca, tu pelo, tu forma de ir por la vida? ¿Te parece que tu vida es vida? Si no te gusta, eso es lo que los demás ven de ti. Has de aprender a amarte a ti misma para ser amada, respetarte para ser respetada, a cuidarte para ser cuidada —me dice mientras mantiene sus ojos clavados en mí y, poco a poco, noto que sus palabras me remueven hasta hacerme respirar con más fuerza sin poder decir que pare.

Necesito llorar como hace siglos que no lloro. Huele a las rosas de mi infancia, cuando todo era fácil; a las rosas de mi juventud, cuando era fácil amarme y amar. Lloro y me avergüenzo de llorar. ¿Quién es esta persona que parece saber todo de mí? ¡No puedo moverme! En el centro de mi pecho hay algo que me duele. Me siento atrapada por sus palabras y este hombre que no sabe nada de mí sigue adelante. Ha entrado en mi vida. O tal vez mi vida es semejante a la de muchas otras mujeres. El prototipo al cual los psicólogos junguianos como Marlo Morgan llama «mujeres con el alma congelada», «hijas del padre»; mujeres doloridas y asustadas sin capacidad de sentir. Sus ojos siguen adentrándose en mí.

—Tu madre ha sufrido mucho y tú has sufrido mucho; por eso cada vez te has cerrado más y más, hasta llegar donde estás ahora; por eso tu cuerpo apenas siente y te cuesta saber quién eres. ¿No es cierto que te cuesta sentir? Hace quince años te rompiste y desde entonces todo cambió. Hace cuatro te hicieron mucho daño también —me recuerda, mientras me extiende un pañuelo de papel para que seque mis lágrimas, da una calada a su cigarrillo rubio de marca local y el humo se deshace sobre nuestras cabezas. Lloro.

A medida que siento mis mejillas mojadas recuerdo el tiempo en la universidad, cuando la madre de mi novio le obligó a escoger entre ella o yo, y elegí yo por él. Después viene a mi mente el hombre que primero me enseñó todo sobre política internacional para después, según sus propias palabras, usarme y marcharse. Vienen a mi mente los años de gritos, violencia, de sentirme pequeña y dolorida. Pero en ese tiempo yo también me dejé arrasar; después, el agotamiento de los años de trabajo constante, de dejar de lado todos mis sueños y amores; el sinsentido. ¿Por qué? Gamal ha acertado, y yo me siento enferma, débil. Me pregunto: ¿cómo puedo cambiar este frío interno por algo de calor? Y aunque solo lo pienso Gamal parece escucharme y responde:

—El aceite de rosas es la flor del corazón y puede ayudarte. Cuando llegues a casa enciende un quemador para que huela a rosa y antes de acostarte toma un baño con siete gotitas. Pronto empezarán a pasar cosas. También debes comenzar a usar perfume, es real que tu olor habla por ti; lo dice todo. Por ejemplo, ahora dice que no te interesa ninguna relación.

Asiento. Sé que dice la verdad.

—¿Qué perfume me recomiendas para volver a abrirme?

—Debes usar un perfume femenino y dulce como el de Issey Miyake —explica sin saber que es justo el que lleva años encima de mi mesilla de noche, antes de llamar a uno de

sus trabajadores y mandarle preparar un frasco de perfume y otro de aceite de rosas, un quemador y dos libros que no puedo ni mirar. Mientras esperamos abre el perfume de Miyake, que inhalo y separo en bergamota, coco, pétalos de rosa, anís, jazmín, rosas, caramelo, cedro, sándalo, vainilla, *musk*.

¿Qué me ocurrió? ¿Dónde dejé de ser la mujer alegre para la que todo resultaba fácil? ¿Dónde olvidé a la que siempre sonreía? Todas estas ideas se abren paso por no sé qué canal y disparan en mi memoria aquella fragancia que usaba cada día aquel novio al que amé tanto y que me amó tan de verdad. Cuando él me besaba perdía el equilibrio. Éramos muy jóvenes y todo tenía otro sentido entonces. Pero un día todo se rompió y le abandoné; entonces me abandoné a mí misma. «Nunca volviste a ser la misma. Desde aquello no has levantado cabeza», me recordó mi madre durante años. Llevaba razón. Esa fue mi iniciación a la vida adulta, cuando comencé a sentir frío, y durante años dejé de soñar y me sentí esqueleto. «A veces la mujer arrastra su propio esqueleto durante décadas y ni tan siquiera lo sabe», dice Clarissa Pinkola Estés.<sup>1</sup> Yo fui mujer esqueleto. Pero su fragancia quedó impresa en mi mente y, cuando olía a algo semejante a él, tenía la sensación de que aún permanecía conmigo como una especie de brújula.

Durante años perseguí todo lo que olía a él, pero no era a él a quien buscaba, sino a mí misma, auténtica, viva, amante y real. Su fragancia contenía el mapa para regresar a mi propio hogar y volver a confiar en mí. Con el tiempo olvidé su rostro, pero su olor permaneció puro dentro de mí como la esencia del Edén.

Doy las gracias a Gamal y le dejo sentado en el sofá a la

1. Clarissa Pinkola Estés, *Mujeres que corren con los lobos*, Barcelona, Zeta Bolsillo, 2005.

puerta de su tienda, mientras contempla el jolgorio de la calle repleta de niños que corren, ancianos que conducen burros, coches golpeados por los años y carretas que transitan entre el tráfico bajo el sol de abril. La imagen de Gamal se desdibuja, mientras dentro de mi cerebro Elena crédula discute con Elena escéptica.

—¡Ha hecho un gran negocio con la tontería de los perfumes! ¡Me engañan por todos los lados! —dice Elena escéptica.

—Sí, pero ha acertado en todo. Gracias a él sé lo que me ocurre y que puede curarse. Deseo curarme y voy a curarme —afirma Elena crédula.

—Es fácil acertar. Todas las mujeres solteras a esta edad tienen el corazón roto, en algún momento de su vida se han roto —cierra orgullosa Elena escéptica.

Cuando veo las tres pirámides de Guiza alzarse sobre los carteles que anuncian las películas egipcias y los grisáceos edificios, Elena crédula y Elena escéptica hacen las paces y mi mente se queda en completo silencio. ¿Cómo definir con palabras este lugar, este olor? No se puede: hay que vivirlo.

## El enigma de las pirámides y la mujer libre

La sensación de sequedad en la piel, la sed, el calor junto a la entrada de las pirámides; el olor a desierto. Nada es solo lo que parece, ahora lo sé.

La pirámide de Keops recortada sobre un cielo azul; las pirámides de Kefrén y Micerinos de más de cuatro mil seiscientos años, los policías dormidos en casillas, los vendedores de pañuelos y los niños que ofrecen pirámides de hierro. Camellos, calesas, caballos, por un instante la memoria de quien fui, soy y puedo ser, y entonces el aire del desierto con el olor de Irak, la interminable tierra de Israel.

—¡Deseo poder empezar de nuevo! ¡Borrar! ¡Nacer! —me digo al poner rumbo al hotel con la esencia de rosas en mis manos.

### *El aceite de rosas y la cura para el corazón*

Al llegar a mi habitación, lleno la bañera con agua templada del Nilo, cojo el libro de Gamal, pongo aceite de rosas y, como me ha recetado, enciendo una vela en el quemador con unas gotitas más. Cierro los ojos y durante un instante el agua me huele a terrones de azúcar empapados con licor, pero también a los capullos de rosas que robaba de los jardines del pueblo en las tardes de mi niñez.

La rosa es la flor de las mujeres y del corazón. Cuenta la leyenda que nació un rosal bajo el árbol del bien y del mal, y como él, el ave fénix, que renace de sus cenizas, se asocia a la crecida del Nilo y sus lágrimas curan. Las rosas ya se cultivaban en los jardines de Babilonia en el año 2845 a. C. Según la *Iliada* servía a Afrodita para embalsamar y sus pétalos eran el relleno de los colchones de los sibaritas habitantes de Sybaris. Ha estado tan asociada a la mujer que el día 23 de abril, dedicado a Venus, las cortesanas romanas se cubrían de rosas. En el Cantar de los Cantares, Salomón identifica a su esposa con una rosa, y se dice que Cleopatra conquistó a Marco Antonio gracias a esta flor. Cuenta Diane Ackerman en su libro sobre los sentidos que cuando Cleopatra recibía a su amante en el dormitorio, el suelo estaba cubierto por cuarenta centímetros de pétalos rosados. Imagino que, mientras se amaban, la fragancia debió de envolverlos e ir y venir con ellos. Dicen que la rosa también simboliza lo femenino en el cristianismo; el amor incondicional de María Madre, a quien durante cientos de años mujeres de todo el mundo rezan rosarios con cuentas de collar como guía, que sirven para con-

tar las oraciones con sus cincuenta y nueve bolitas hechas de pétalos de rosa. También me consta que la rosa es el atributo dedicado a María Magdalena, clave femenina del cristianismo gnóstico y arquetipo de la mujer contemporánea independiente, dueña de su vida, que vive plenamente hasta el punto de que en su honor los arquitectos llenaron de rosetones las catedrales. *Rose* es el acrónimo de *Eros*, nombre del dios griego carnal, que para el sufismo es la clave del camino del despertar del corazón porque a medida que aprendemos a abrirnos al amor nos llenamos de sabiduría y vida. Pero la historia que más me concierne sobre la rosa es de los griegos: la rosa es el fruto de las lágrimas de Afrodita al encontrar el cuerpo sin vida de Adonis, su amante; por eso —decían— es capaz de curar la memoria del corazón. Pienso en todo ello mientras dentro de la bañera las gotas de aceite de rosas se han transformado en una sutil fragancia que me envuelve.

Cuando abro los ojos e inhalo, el aroma llega hasta el lugar en el que nacen mis emociones y no puedo hacer otra cosa que dejarme llevar por la necesidad de llorar. Pronto, gracias al olor a rosas, me siento pétalo, azúcar quemado en licor, pero también belleza gamberra y erotismo. Sexo fuerte. Y hasta podría verlo todo de ese color de rosa que de niña me parecía cursi si no fuera porque las rosas que prefiero son repolludas, rojas sangre y pasión, pero desde este instante sin espinas. Me río. ¿De verdad un olor puede curar este frío, estos recuerdos y esta herida que aún me duelen? Aunque como periodista soy escéptica por costumbre, decido darme la oportunidad de investigar. ¡No tengo nada que perder y sí todo que ganar! Tras el baño averiguo que, según el Centro Psicofisiológico de Yale, el olor a rosas es capaz de disminuir la tensión, aumentar la atención y devolver el equilibrio. ¡Ojalá aún creyera en los milagros!

## El arte de confiar

Antes de salir para Asuán, quizá por el baño de rosas, caigo en la cuenta de que mi olfato me dice que hoy es un gran día, así es que lo primero que hago es ponerme unas gotitas de Issey Miyake en el cuello y en las muñecas, me recojo el pelo con coquetería, y me lo digo: «¡Guapa! ¡Te amo tanto!».

Tras tomar el primer avión que une El Cairo con Asuán, puerta actual de lo que queda de la Nubia egipcia, aterrizamos en un pequeño aeropuerto situado junto a un campo militar en medio del desierto. En la sala de equipaje espera el representante del ministerio, un joven de tez oscura que se presenta como Mahmud. Es bello. Llama la atención por sus inmensos ojos claros, su tez oscura y su pinta de buena gente.

Me presento con mis cuatro palabras árabes y quedo como una reina.

—*Ana ismi Elena. Marhaban, kaif a-haluka?* —«Me llamo Elena. Hola, ¿cómo estás?», digo mientras extendiendo mi mano para saludarle.

—*Ismi Mahmud. Ahlan wa sahlan* —«Me llamo Mahmud. Bienvenida», me contesta.

Mahmud nos acompaña hasta el hotel que mira al Nilo, donde me alojaré durante los próximos días mecida por el agua. Después de acomodarme, observar el ir y venir de las barcas, ver las garzas y las palmeras, decido ir al salón victoriano donde Mahmud espera sentado junto a la entrada. Hay algo que me estremece. Así es que me acerco a la ventana y, mientras miro el río, el joven viene, me observa, cierra los ojos, inhala mi fragancia y me dice:

—Tienes los ojos más hermosos que he visto nunca.

Pese a que hace tiempo que dejé de creer en el amor a primera vista o en los flechazos, no puedo despegar mis ojos de los suyos y aspiro cada una de sus palabras como si tuviera



ran algo de verdad. Porque yo aquí y ahora siento lo mismo. ¿Será el aceite de rosas o el perfume?

—No, tú tienes los ojos más raros que he visto nunca para alguien con tu piel. ¿De dónde has sacado esos ojos en medio del desierto? —pregunto, mientras la luz rebota en sus pupilas azules transparentes que contrastan con su tez africana.

—Los he heredado de mi abuela; nadie sabe de dónde vienen.

Nos sentamos en el sofá de la entrada y me cuenta que su abuela tenía unos preciosos ojos claros, que su madre es directora de un instituto y su padre no puede trabajar porque está enfermo. Mahmud trabaja con los turistas, aunque estudió empresariales y ahora estudia egiptología. Después vuelve a mirarme con intensidad y me lo pregunta:

—¿Quieres venir a dar un paseo por la orilla del río después de cenar?

Aunque tengo como norma decir que no a este tipo de arrebatos y estoy en una ciudad en medio del desierto cuyas gentes visten con chilaba y chador, aunque temo romper algún tipo de ley no escrita, me resulta imposible negarme: no recuerdo haberme estremecido tanto como con la mirada turquesa de Mahmud. Mi cuerpo ha despertado tras mucho tiempo. El instinto me llama.

—Claro que quiero.

Media hora más tarde el joven estrecha mi mano sin hablar. Y en el más cándido estilo islámico caminamos río arriba, río abajo, hasta sentarnos en un café al aire libre lleno de gente. Entonces me mira a los ojos, acaricia cada centímetro de mi mano, mis dedos, la muñeca y la palma en interminables círculos. A nuestro alrededor hay mujeres con toda la cara cubierta y hombres con chilaba que comen helados, también niñas que ponen cara de hacer una travesura cuando se acercan a mí. Sin dejar de acariciarme la mano, Mahmud me interroga:

—¿Tienes hijos, marido, novio...?

—No.

—¿Crees en las parejas de distintas culturas?

—A estas alturas de mi vida creo que todo es tan posible como imposible.

—¿Por qué no tienes hijos?

—Porque no he encontrado un compañero para tenerlos. Además, ¿por qué tengo que tenerlos? Puedo escoger mi destino —digo.

—Quiero vivir contigo la historia de amor más hermosa que hayas soñado. ¿Quieres?

En vez de contestar «no», inspiro y huelo el agua del Nilo, las rosas, mi perfume; me traen la memoria de mí misma cuando creía en el amor. Espiro y vuelvo al presente. Ahora me da por recordar que según la psicología transpersonal, la relación de todo hombre con las mujeres tiene que ver con cómo fue la relación con su madre; las mujeres estamos unidas por la gran red tejida por lo femenino. Pregunto:

—¿Cómo es tu madre?

—Ella es maravillosa —contesta mientras da por terminado nuestro tiempo juntos, paga y, con mi mano entre la suya, me guía hasta el hotel.

Cuando llegamos se limita a mirarme intensamente y al despedirme con un intenso apretón de manos me hace una petición:

—Dame un día más, por favor, dame un día más.

Tardo una hora en reaccionar ya dentro de mi habitación. Cuando lo hago me da por pensar que, aunque Mahmud sea el tipo más dulce y guapo que haya conocido en años; aunque tiene inmensos labios chocolate tipo Sherif Mafouz; aunque sus ojos turquesa se vuelven transparentes cuando me miran y me provocan de tal forma que me cuesta reaccionar, lo que me tiene loca es que haya sido capaz de despertar mi instinto más animal sin darme un solo beso. Hace años por algo así lo habría dejado todo. Pero ya no.

Con el corazón tan abierto que me parece escucharle, la respiración entrecortada y unas ganas locas de acariciar a un tipo que, apurando, podría ser mi hijo, lo único que se me ocurre pensar es que la esencia de rosas me ha hecho sensible a las feromonas ajenas, las naves del deseo, y tienen el poder de hacer cambiar el comportamiento. Las feromonas son imprescindibles para los animales a la hora de marcar su territorio y encontrar una pareja fértil. Gracias a las hormonas del olor algunas mariposas macho, como la *Saturnia pyri*, son capaces de detectar a la hembra a más de veinte kilómetros de distancia; la abeja reina controla a las obreras, atrae a los machos, impide que construyan más celdas reales. Y aunque existen carísimos perfumes hechos a base de feromonas animales para atraer a los machos humanos, lo cierto es que el olor de Mahmud es tan intenso que no es necesario besarle para sentir placer. De lo contrario no me habría enamorado de un hombre mucho más joven que yo en medio del desierto, que me va a pedir que cubra mi cara. Y si no es la testosterona o su olor, debe de haber algo muy fuerte en el ambiente de Asuán que ha activado a la mujer más animal que soy. Algo ancestral que ha hecho despertar la memoria femenina que dormía en mi cerebro desde hace tiempo. ¿Será que mi radar ha captado el legado del pueblo nubio del que cuentan que son sexualmente más libres que cualquier otro pueblo de la zona? ¿Correrá sangre nubia por sus venas? ¡Tal vez sí! De pronto recuerdo algo que escuché hace tiempo: los ojos claros y la tez oscura definen a la gente de Nubia. En sus hogares la vida está en torno a las mujeres. Pienso en él, en la forma de hablar de su madre y de su abuela; en la forma de mirarme con pasión y respeto.

## Asuán e Isis, diosa de la integración

En cierto modo, en Asuán se mantiene vivo el culto a Isis, diosa madre egipcia, adorada durante tres mil años en todo el Mediterráneo —incluso en Alemania y España—. Nació tan cerca de aquí que para visitar su templo solo he de tomar una barquichuela muy cerca de donde estoy. A medida que camino me noto como si perdiera capas. La diosa Isis, como toda la mitología, es la forma de explicar en sentido simbólico el universo femenino y el camino ideal para toda mujer en esta zona del mundo de hace miles de años. La historia de Isis era como la Biblia donde los antiguos aprendían a vivir y a entender los ciclos. Lo realmente interesante de esta diosa es que nació siendo una sencilla mujer de carne y hueso. Ella sola planeó y ejecutó su ascenso, pero alcanzó tal poder que, contaban, con sus lágrimas crecía el agua del Nilo y nutría la tierra.

¿Qué enseñó a las mujeres para mantenerse viva tanto tiempo? Para empezar, Isis también cayó destrozada por el dolor al principio de su camino, fue capturada y esclavizada, fue sometida, pero siempre encontró la vía para fortalecerse. Para continuar, fue tejedora. Como mujer de carne y hueso, cuando decidió convertirse en diosa, colocó una serpiente en el camino de Ra, le picó y ella se presentó en el Olimpo egipcio para curarlo con sus palabras. Desde entonces el poder de la diosa mujer creció hasta ser el rostro de la vida, la fertilidad y las estrellas. Isis amó a su hermano y consorte Osiris, y cuando lo mataron por primera vez ella le devolvió la vida; cuando lo descuartizaron después fue ella quien buscó sus pedazos, los unió, aleteó sobre ellos y logró que su pene la dejara embarazada. Ella sola curó a su hijo cuando le picaron los escorpiones. Isis a veces aparecía convertida en forma de vaca con el nombre de Hathor, de Nut, diosa del cielo, la luna, el sol y las estrellas, o de la diosa

Mat, responsable de infundir el aliento de vida para dar el comienzo a las cosas.

Gracias a ella las egipcias hace miles de años aprendían a dejarse ser mujeres cíclicas, con humores cambiantes si tocaba, estrategas y tejedoras de sus propios destinos.

«Isis es, en efecto, el principio femenino de la naturaleza», afirman Anne Baring y Jules Cashford.<sup>1</sup>

### *Isis, Filae y la historia de supervivencia*

A primera hora del día Ibrahim me recoge junto a la orilla de la presa de Asuán para visitar el templo de Filae, donde se adoraba a Isis. Habla un perfecto castellano, tiene unos treinta y cinco años, y ese brillo en los ojos poco común de la gente del campo que sigue con un pie en la tierra. Lleva un polo naranja, el pelo engominado, y mientras avanzamos en la barca guarda completo silencio, como si hubiera algo mágico entre el río y él. A nuestro alrededor el agua de la presa de Asuán es inmensamente azul, poderosa, omnipresente. El barquero dice que podría inundar todo Egipto si se rompiera. Sobre el agua despuntan islotes dorados, palmeras solitarias, gigantes cas piedras, tierras desérticas que se precipitan sobre el vacío. La visión es espectacular, pero entre todas las islas, el templo de Filae es un espejismo sobre el agua. Desde la barca, los muros milenarios parecen recién construidos, y hasta da la impresión de que las sacerdotisas aún pasean sobre sus adokines. Cuando por fin Ibrahim comienza a hablar, descubro que la historia del templo de Filae es una gran historia de supervivencia; una verdadera historia de empoderamiento de la mujer convertida en diosa y de resiliencia de heroína.

1. Anne Baring y Jules Cashford, *El mito de la diosa*, Madrid, Siruela, 2005.

—Filae era la isla donde Isis se puso de parto de Horus. Los egipcios antiguos estaban convencidos de que el Nilo crecía con las lágrimas de la diosa. Ella es la gran madre egipcia, que gobierna cuando su esposo e hijo no están, y llora la muerte de su esposo y hermano Osiris, rey de la tierra y encargado de enseñar a la humanidad los secretos de la agricultura. Osiris murió asesinado por su propio hermano, rey del infernal desierto —explica Ibrahim mientras busca la sombra junto a una columna.

Estamos cerca del trópico de Cáncer. Los ecos de cantos ancestrales en honor a la diosa —«honor del sexo femenino, amante que hace reinar la dulzura en sus reuniones..., quieres que las mujeres en edad de procrear se unan a los hombres»— permanecen vivos entre los muros, mientras el sol cae con fuerza y dibuja sobre la roca intensos contrastes. Cuando llegamos a la sala de los aceites sagrados, cierro los ojos e imagino aspirar el aroma que el tiempo no ha logrado borrar: loto, almizcle, sándalo. Aspiro el aroma de las rosas.

—Todo en el antiguo Egipto era una oración. Hasta cuando tallaban o pintaban las paredes rezaban; también el perfume era un rezo —recuerda Ibrahim mientras mi hipersensibilidad se dispara. Tengo la sensación de escuchar los cantos, de oler los aromas sagrados, y siento esa densidad de rezo creada durante miles de años, que, podría jurarlo, está presente hoy.

Por algo Filae fue el último templo pagano del Mediterráneo. En el siglo VI el emperador romano Justiniano intentó cerrarlo, pero no pudo. El culto a la diosa Isis, símbolo de poder femenino e independencia, era tan importante que el pueblo nubio se rebeló y lo impidió.

Con el cristianismo, Isis se transformó en la Virgen María y, aunque en el siglo VII llegó la invasión musulmana, el culto cristiano continuó vivo durante cientos de años en la

tierra nubia, tierra de hogares dirigidos por mujeres en el corazón de África.

Después llegó el olvido.

—¡Qué inconscientes! —dice Ibrahim, con aparente enfado junto a la columna pintada con firmas del tiempo de Napoleón. La isla de Filae desapareció bajo la presa a principios de siglo pasado. El agua se llevó la policromía de los relieves y en los ladrillos sedimentó el río hasta que la Unesco decidió rescatar el templo pieza a pieza.

—¿Y qué pasó con Nubia? —pregunto.

—Nubia ya no existe. La presa inundó quinientos kilómetros y la mayoría de los nubios tuvieron que dejar sus tierras fértiles. Ahora quedan algunos poblados, como la isla de Sehel, Gharb Seneil, la isla Elefantina y Gharb Aswan. Pero el pueblo sigue vivo y es muy interesante porque es una de las culturas matrifocales de África, sus mujeres aún conocen los secretos de la plenitud que muchas personas han olvidado —me explica.

Ibrahim hace un gesto de despedida con las manos cuando llegamos a mi hotel, situado en plena isla nubia de Elefantina.

Miro por la ventana y desde los poblados nubios llegan las luces de la noche, las hogueras, el chisporroteo de risas. Algo muy intenso me llama desde allí y juraría que forma parte de mi memoria antigua que se conjuga en femenino plural. Claro que existe Nubia, pienso. Su memoria perdura en las gentes como Mahmud cuya vida gira en torno a su madre y a su abuela de quien ha heredado sus ojos claros; ese respeto en el trato. Nubia es parte de la vieja cultura de Meroe que existió entre Sudán y Egipto, junto al Nilo. En esta tierra, legendaria por la longevidad de sus gentes hasta hoy mismo, las mujeres se sucedieron al frente del poder. Era y es una sociedad matrilineal. Poderosa durante siglos, fue dividida entre Sudán y Egipto hasta que la presa de Asuán anegó la mayor parte de sus tierras. Ahora parte de sus gentes viajan libres de un lado

al otro de la frontera, y otras viven aquí fieles a sus credos y al poder de las madres.

## **Nubia y los secretos de las mujeres de armas tomar**

A primera hora del día Nubia huele a incienso, a hibisco y a almizcle. Sus mujeres tejen, aún dedican una fiesta a danzar para Isis, quizá por ello están cargadas de secretos que se traducen en plenitud, belleza, equilibrio y poder; pese a que yo no pueda entenderlos, sé que pasan de madres a hijas, o de abuelas a nietas. Muchas de sus mujeres deciden cuándo viajar y cuándo quedarse, qué hacer con cada segundo de su vida y, por supuesto, cómo usar los aromas como herramientas esenciales para alimentar su fortaleza. Por ejemplo, aquí el sudor de las recién casadas huele a perfume ancestral; cuando una mujer tiene un hijo permanece durante cuarenta días rodeada de sándalo e incienso hasta que cada uno de sus poros exhala el olor de los dioses y su mente se ha transformado para estar abierta a la nueva vida. En la Nubia sudanesa el olfato está tan presente que después del parto se hace un agujero en la tierra para quemar incienso junto a su cuerpo desnudo; al igual que se le hace a las novias antes de la boda. Así su sudor olerá a incienso. En Nubia el olor es la forma de programar el cerebro en cada momento vital. Aunque, si preguntas, te digan que aleja los malos espíritus, la relación con el olfato es más terrenal. En la luna nueva las mujeres riegan las puertas de sus casas para dejar atrás el pasado y crear nuevos comienzos; crear espacio en sus cerebros y corazones para renacer. Nubia siempre fue el camino de Egipto hacia el África negra, el lugar donde la memoria femenina está viva. Hoy, en Nubia, las mujeres trabajan la tierra si la tienen, hacen artesanía para vender, traen el agua del Nilo, trenzan la hoja de palma o trabajan en la ciudad para mantener a su familia si es necesario.



Cuando una pareja nubia se casa es el joven marido el que va a vivir a la casa de su suegra, que le recibe y le da la bienvenida a su nueva vida. En cierto modo son los primeros herederos de la cultura faraónica.

Hace siglos sus minas de oro nutrieron a los faraones y ellos se contagiaron con su refinamiento. Nubia era la vecina negra de Egipto hasta que setecientos años antes de nuestra era conquistaba Tebas, capital egipcia. Cuando el Imperio faraónico desapareció, los nubios se mantuvieron fieles a sus tradiciones. Hoy Nubia habla su propia lengua, guarda sus propios ritos, y aunque uno de los preceptos musulmanes es no beber alcohol, en las bodas el novio está obligado a traer suficiente para todos los invitados. Las parejas solteras árabes que desean pasar del amor platónico al sexual alquilan una habitación en Nubia para hacerlo. Mientras, al otro lado del río, en el Asuán árabe, es difícil encontrar cualquier bebida alcohólica, el patriarcado es visible y, desde mi parcial punto de vista occidental, puede ser algo más difícil ser mujer.

Ibrahim vuelve a recogerme al atardecer, cuando los rayos de sol acarician la superficie del Nilo y la bruma desdibuja los perfiles del desierto. Azules del cielo, verdes de los palmerales y amarillos de la tierra desértica contrastan tras las blancas velas de las chalupas que conducen negros nubios. En la barca que sale de Asuán hacia la isla Elefantina, los hombres se colocan en un extremo y las mujeres en el otro; ellos llevan corderos y ellas bolsas de la compra. Varios niños y niñas se bañan vestidos en el río. Y como hay algo sutil, pero definitivo, que ha cambiado en el ambiente —de urbano a rural, del estrés a la tranquilidad, del mundo patriarcal al universo matrifocal—, pienso que el Nilo tiene el poder de transformarlo casi todo. A menos de veinte metros de Asuán caminamos por la isla Elefantina entre palmeras que crecen sobre la arena del desierto, junto a las fértiles huertas. Un vergel junto al entrañable museo nubio de Animalia, donde las mujeres y su

poder están presentes aún hoy cuando su guía, Mohamed, me habla de su madre, de su mujer y de sus hijas. Tiene sesenta años, pelo entrecano, y se considera una persona feliz. Las mujeres de su vida tienen las claves de su estado anímico casi constante de felicidad, me dice el hombre. Debo de poner cara de no haber entendido porque, tras dar una calada a su cigarrillo, me guiña un ojo y comienza a hablar:

—En la familia, mi madre fue más fuerte que mi padre, una mujer sufrida y responsable que consiguió sacarnos a todos adelante. Toda la vida de Nubia está en manos de las mujeres, aquí las madres son lo más importante. También hay mujeres sabias que ayudan en los partos, conocen cómo usar las hierbas y hacen de intermediarias con el río. Hay mujeres sabias y matronas, ahora menos, porque muchos van al médico —explica mientras hasta nosotros llega el canto de los pájaros.

—¿Cómo es la relación entre mujer y río?

—Verás: a los siete días de nacer un niño, su madre lo lleva al Nilo, le lava las manos y le hace una cruz en la cabeza. El río es nuestra vida. Las casas las hacemos también con limo. Desde siempre las mujeres han hecho ofrendas al río, creen que tiene ángeles buenos y provocan las crecidas. Las mujeres ofrecen al Nilo azúcar, arroz con leche, pasteles para ser fértiles, casarse, tener buena cosecha de dátiles. Pero solo las mujeres especiales median con el río. Ellas son las intermediarias y se las respeta mucho —me explica Mohamed a medida que me guía a través de su humilde casa de adobes que hace las veces de museo: hay una gran sala donde se reúne la familia, un cuarto que es «una fábrica de niños», dice mientras me guiña un ojo, un patio con el suelo de arena fina que se cambia cada semana para saber si han entrado serpientes o escorpiones en la casa.

De pronto, llama mi atención la fachada del patio donde tienen dibujadas figuras gigantes. Pregunto lo que es y el

hombre me cuenta que la pared es su máquina para guiar su vida, el ancestral sistema de hacer magia real. Me pellizco sorprendida.

—¿Cómo es eso de guiar su vida?

Mohamed sonríe ahora, vuelve a guiñarme un ojo.

—En toda Nubia, las mujeres dibujan figuras de lo que desean atraer como si ya lo tuvieran.

Como si frente a mí se alzara el mapa de un gran tesoro, observo la pared al detalle. Hay triángulos de teja, símbolo universal de lo femenino, donde ellos creen que habitan los espíritus de los abuelos y las abuelas; lo esencial para ellos habita en lo femenino. Está el dibujo del Nilo azul y sano, hay trigo, un cocodrilo y los peces globo, que llegan antes de la inundación para atraer la fertilidad de la tierra y la riqueza.

Huele a humedad, a trópico y a desierto; la isla nubia de Elefantina es un Edén. A pocos metros del hogar de Mohamed hay puestecitos atendidos por mujeres con cerámica, pañuelos de ganchillo; niños y niñas de todos los tamaños que vienen del colegio con gigantescas mochilas. Hay una plaza donde las mujeres se reúnen todas las noches para charlar bajo las estrellas en torno a varias vasijas llenas de agua potable para que quien quiera, beba. Ellas viven como se vivió siempre y conservan la sabiduría que su pueblo tuvo siempre, uno de cuyos preceptos es mantener las relaciones, alimentarse alimentándolas. Lo escucho y lo apunto en mi cuaderno de notas: «Alimentar las relaciones. Alimentarse».

Entonces Ibrahim me hace saber que nos esperan en otro asentamiento nubio, y vamos para allá entre olor a oasis, camellos, agua y desierto.